

**Félix Armando Núñez**

## **En la Escuela Normal Superior «José Abelardo Núñez» (\*)**



**L**N la atmósfera de este recinto ilustre que recorren las ondas de simpatía y devoción de vuestros corazones congregados en la actitud de oficio solemne, experimento una vivencia como nunca la ha tenido mi espíritu por la vibración e intensidad. Yo soy exalumno de esta escuela a la que ingresé a los 16 años y donde viví casi dos lustros en medio de las arboledas de sus amplios patios y jardines, primero como interno y luego sirviendo la plaza de inspector que me permitía seguir un curso en el Instituto Pedagógico: en la época más bella de la existencia cuando uno nada tiene, y nada o casi nada necesita para sentirse feliz. Y ahora por una generosidad que no sé cómo agradecer, estoy ante vosotros encargado de animar con la palabra esta fiesta de prócer efemérides como si viniera a cerrarse entre vosotros y en este sitio un ciclo del alma que aquí se inició hace más de treinta años. Y mi corazón

---

(\*) Discurso en su último aniversario.

está inmerso en un doble espectáculo: la visión de vosotros, ¡oh, jóvenes! poderosa realidad en marcha a la conquista espiritual del futuro, pulso de júbilo sanguíneo, campana matutina de todas las esperanzas, refugio luminoso de todos nuestros desalientos y la percepción oceánica de que ocupo en estos instantes el centro de un ámbito cultural histórico que por su vastedad e importancia impone y sobrecoge el ánimo como la contemplación de la medianoche diáfana que hacía cantar al gran poeta Leopardi: «¿Qué significan tantas luminarias en el aire infinito? y yo ¿qué soy?» ¡Oh! no poder indicaros todas esas luminarias; no ser capaz de poner a vibrar con música de simpatía el anónimo semillero estelar de la Vía-Láctea para que comprendáis mi sentimiento de confundida pequeñez en estos instantes, la emoción religiosa que me embarga, la conciencia lúcida de que este centenario instituto nuestro cuya fundación conmemoramos es cosa sagrada. La esencia de la religión no reside en los dogmas ni en las prácticas del culto sino, como ha dicho un ilustre sociólogo, en la distinción que se establece entre lo sagrado y lo profano. Y se requeriría carecer de sensibilidad y ser ciego ante el valor para haber comulgado con el espíritu de este hogar santo y no sentirlo como institución sacra. Suele el hombre tener dos madres, cada una con su manera de santidad: la madre natural que le da el ser físico y lo inicia en la vida grande, pero que vela continuamente por la conservación de la existencia individual, la madre del villancico de Martínez-Sierra: «—Dulce Jesús que está dormido—por el santo pecho que te ha amamantado—te pido—que este hijo mío no sea soldado». Y la madre colectiva que se llama la escuela, la sociedad o la humanidad que pide el he-



roísmo de cada día y hasta la inmolación: la que glorifica al héroe, al santo, al artista, al genio. «Alma mater», madre benéfica, se dice de las Universidades, pero en lo íntimo de mi ser, de ningún establecimiento por donde haya pasado, lo diría yo con tanta sincera emoción como de esta Escuela Normal. Madre generosa, me parece ver generaciones y generaciones pegadas a sus pechos ubérrimos para desprenderse de ellos oportunamente y derramarse por ciudades, pueblos y aldeas donde echar los cimientos de la cultura chilena o marchar a países hermanos en proyección de trascendencia continental: todas promociones de jóvenes soñadores y modestos, con esa extraordinaria hombría que es la ausencia de vanidades, pobres pero compensados con la nobleza de la labor y el afecto de los alumnos, muchas veces ignorados en el fulgor de su espiritualidad depurada «como esa estrella que ardió millares de años y que nadie la vió» de los versos de Mondaca.

¡Procesión del Espíritu que de aquí parte cada año; fuente de luz que no cesa; inagotable corazón que pulsa hasta en la aridez del desierto y el misterio de las selvas y el filo cortante de las nieves y hielos!

Procesión del Espíritu que ahora regresa a renovar el aceite de sus lámparas votivas con el amor acrecentado en la paternidad de los hijos ajenos; sangre de un organismo gigante que por invisibles y finísimas venas vuelve al corazón de donde fluye; energía luminosa que como en la doctrina del pensador de Efe-so retorna al fuego originario.

Tal es el impresionante espectáculo de este ámbito secular, y tal la razón de ser de mi actitud recogida y hasta sobrecogida. Y como estamos de fiesta conmemorativa, repasemos una vez más la Historia.

Hay pueblos felices y hombres felices y circunstancias felices: todo ello naturalmente dentro de la seria relatividad que debe constituir la norma de nuestro juicio. Faustos los llamaron los romanos, y fasto el hecho memorable.

En la historia de nuestra cultura, que es la forma más importante de la historia, fausto fué sobre todos los fastos el año 1842 de la cronología chilena. Un general y un repúblico de vasta comprensión, el Presidente don Manuel Bulnes, y un Ministro de Instrucción Pública, de excepcionales dotes, don Manuel Montt, supieron interpretar el momento histórico con esa finísima sensibilidad social y esa amplia visión trascendente, que es la característica de los grandes estadistas, y fundaron entonces de una vez, no como para el país solo, sino para todo el continente, la Universidad de Chile y esta Escuela Normal, hoy Superior, la primera de Hispano-América en el orden cronológico y la primera por su prestigio y la fecundidad de su acción extraordinaria. En aquel nacimiento de nuestros pueblos primero a la vida política y luego a la vida espiritual, la mirada de esos hombres portentosos, que animaba el pulso de la revolución francesa con sus eternos ideales de Libertad, Igualdad, Fraternidad, no se detenía en la frontera geográfica de las montañas, los ríos y los mares, sino que se dilatava generosamente en un panorama hemisférico donde crecían en lozana profusión laureles y mirtos regados con sangre de héroes hermanos, y Miranda y O'Higgins y Bolívar y San Martín y Bello y Sarmiento y cien más, eran ciudadanos de la gran patria que articula un mismo idioma de México a la Antártida chilena ¿No es cierto que este sentimiento de



solidaridad continental no pulsa hoy con el mismo ímpetu?

Tal era la circunstancia afortunada. Ahora, los hombres felices: don Andrés Bello y don Domingo Faustino Sarmiento. ¡Qué mayor felicidad para un hombre que el genio, señores! Se diría aún que la naturaleza, salvo en los de tipo bohemio, cuida de sus organismos y prolonga su existir hasta una majestuosa ancianidad. Así en Platón y Esquilo y Goethe y Víctor Hugo y Rodin para no citar sino a algunos. Bello alcanza a los 84 años; Sarmiento, a los 77.

Pero ¿qué sería del genio sin el medio adecuado, la raza y el momento histórico? ¿No lo destacó así con diuturno relieve el ilustre Hipólito Taine?

Y por eso hay que mencionar con énfasis apasionado al pueblo feliz que proporciona el ambiente oportuno, de inexhausta oportunidad: el gran pueblo de Chile. En su hermosísimo libro «Bajo el Signo del Avila», premio nacional de literatura de 1950 en Venezuela, el egregio escritor Santiago Key-Ayala estampaba estas palabras significativas:

«Nosotros los venezolanos comprendemos por qué Bello al no poder vivir entre nosotros fué a buscar en Chile el alto hogar de su espíritu. Chile salvó para Bello, para nosotros, para el continente, para la raza española en América, la poderosa actividad del maestro. Noble y generoso, Chile hizo más. Pudo reivindicar para sí la gloria de Bello y reconoció siempre nuestro derecho nativo, cuando nosotros por aberración de ceguera parecíamos abandonarlo. Es muy interesante y ejemplar ver como los escritores chilenos subrayan complacidos, que Bello no olvidó nunca su tierra de Venezuela y le consagró en medio de los honores de la patria adoptiva, el homenaje insupera-

ble de la nostalgia. El chileno, que no pierde la conciencia de la patria, comprende y respeta el amor de la patria en los corazones ajenos». «Fiel como un espejo» definió a Chile un gran escritor venezolano (Manuel Díaz Rodríguez).

Algo semejante podrían decir los argentinos de Sarmiento y Chile. Yo lo digo sin reticencias y sin el menor ánimo de halago y después de convivir siete lustros con la gente de esta tierra. Al genio de Bello y Sarmiento, hay que añadir el genio colectivo del pueblo chileno para explicar la acogida entusiástica e inteligente que les dispensó y que hizo posible este florecimiento fulgurante y esta cosecha opima en una inmensa etapa de la cultura de Hispano-América. «Yo os ruego no comprenderme demasiado pronto» pide el agudísimo escritor francés André Gide. Y hago mía en la oportunidad de ahora esa petición. Al expresar que desde sus albores Chile es un pueblo genial, no quiero significar de ningún modo que los otros del continente no lo sean. Una característica de lo genial consiste en su singularidad irreducible, y este rasgo tiene como todas las cosas una razón de ser. Bolívar pudo profetizar el porvenir de Chile en su famosa carta de Jamaica, basándose en atributos étnicos manifestados ya en la Colonia. Hablaba entre otras cosas, «de las tranquilas costumbres de sus moradores». Pero nada se produce por azar y esta fisonomía psicológica seguramente se explica en parte por la homogeneidad de raza, y en parte por lo privilegiado del clima, y no poco por la interminable costa que favoreció siempre la comunicación entre los hombres. En la caracterología de los pueblos de estirpe medio española, Chile aparece como único y singular por su serena y sobria actitud frente a la vida



que se resuelve, cuando la ocasión lo exige, en heroísmo tranquilo, y sobre todo por su buen criterio, su cordura esencial, su fundamental austeridad y su gesto reflexivo y algo irónico, que lo han convertido en un pueblo paradigma de respeto a las instituciones y a los hombres y lo han colocado siempre en el primer lugar entre los realizadores de una genuina democracia. Hubo un tiempo en que se hizo tópico manido pensar que un pueblo así no era capaz de producir artistas sino historiadores. Pero Gabriela Mistral, Angel Cruchaga y Pablo Neruda y Humberto Allende, el genial músico, vinieron a destruir ese prejuicio: como si la razón ordenadora y la fantasía, que crea, y la pasión que abre surcos, no pudieran convivir en un solo organismo.

Y un pueblo así, dichoso pueblo, pueblo genial hasta la raíz del ser, pudo condicionar la obra titánica de Bello y Sarmiento. ¿Qué habría sido de Platón sin Atenas? ¿No dijo el filósofo por antonomasia que agradecía a la divinidad tres cosas: haber nacido de la especie humana, ser varón y haber vivido en la ciudad escuela de Grecia en la época de Sócrates?

Evoquemos con la reverencia, que saben inspirarnos, a Bello y a Sarmiento.

En 1842, Bello tiene 61 años; Sarmiento, 31: ¡Casi la mitad! Ambos sienten con vehemencia la pasión de la Cultura, porque en ambos sopla recio el Espíritu; pero cada uno posee su estilo personal de vida, porque cada uno es genial a su manera y ha sido formado de distinto modo. Son los dos estilos que descubrimos en la transformación de la existencia, tanto animal como política y social, en nuestro planeta: la evolución paulatina y el cataclismo. Y así persiguiendo la misma meta, idéntico ideal, vienen a ser ambos

como antagónicos. No es que Bello no tuviera interés por la educación primaria, como Lastarria lo ha hecho creer largo tiempo. El notable historiador don Francisco A. Encina dice al respecto: «Basta leer los escritos de Bello para darse cuenta de que estos asertos... no pasan de ser una alucinación de Lastarria. Bello fué en todo momento apóstol entusiasta de la enseñanza primaria. Desde su llegada a Chile no cesó de preconizar su desarrollo y mejoramiento, en los mensajes que escribía para los presidentes, en las Memorias que redactaba a los ministros, en los artículos que publicaba en «El Araucano» y en las pocas revistas de la época. En 1831 abogó calurosamente por la creación de escuelas dominicales para adultos. En 1836 planteó muchos años antes que Sarmiento, Montt y Domeyko la necesidad imperiosa de establecer escuelas normales para profesores, a fin de uniformar y mejorar la enseñanza primaria, y por último resumiendo su pensamiento en materia de enseñanza dijo: «¿Qué haremos con tener oradores, jurisconsultos y estadistas, si la masa del pueblo vive sumergida en la noche de la ignorancia?» (F. A. Encina, «Historia de Chile», tomo XII). Como se ve, la diferencia fundamental entre estas personalidades gigantescas no reside, pues, en divergencias de ideales, ni hay para qué denigrar ni siquiera aminorar a uno para hacer la apología del otro. No ha mucho, aquí mismo, casi agoté el léxico de la admiración para manifestar mi entusiasmo por el gran argentino. Con igual espontaneidad y fervor podría brotarme el panegírico de Bello. Ambos son necesarios para explicar un proceso esencial y palpitante de la cultura americana y especialmente de Chile. De los antagonismos entre espíritus excepcionales, redundan siempre bienes para



la humanidad. Yendo más lejos, Heráclito de Efeso, el portentoso pensador, tan antiguo y tan actual, sostuvo que el combate (polemos) es el padre del Universo: su discípulo remoto Lucrecio lo expresó con otros términos: «Todas las cosas de la naturaleza están hechas a manera de batalla». Para Heráclito, la realidad resulta pues, de la armonía de los contrarios; la vida y la muerte, el día y la noche, el bien y el mal. Y bueno es que haya ideas y partidos y tendencias opuestas. Lo que distingue preferentemente a Bello y Sarmiento son los modos de su sensibilidad que lejos de excluirse se complementan y forman una pareja de espíritus, fundamental en la plenitud de un ciclo de cultura.

En el siglo pasado, coetáneamente con nuestros dos grandes hombres, el inmenso poeta y filósofo alemán Federico Nietzsche, echó por tierra el prejuicio milenario de que todo el arte griego encarnaba la serenidad del espíritu, y distinguió contra Winckelmann, dos corrientes antagónicas en el arte y la vida de los helenos: una tendencia a lo claro, equilibrado, simple, sereno y armonioso, representada por el dios Apolo y su instrumento musical adecuado, la lira: el estilo apolíneo que expresa la *sophrosine*, la paz del alma cuando la razón se sobrepone a las pasiones, y que pulsa en los templos y las estatuas griegas; y otra tendencia desordenada, apasionada, oscura, vehemente, impetuosa, desbordante de vida instintiva y profunda, que se manifiesta en el culto de Diónysos o Baco, que preside las fiestas de las vendimias y exulta en los acordes de la flauta: el estilo dionisiaco que se muestra en la tragedia.

Bello y Sarmiento: Apolo y Diónysos.

Uno la razón rectora, el sentimiento y la fantasía en un acorde de suave serenidad, de íntimo y duradero equilibrio, de armonioso discurrir; el otro, la pasión ardiente y tumultuosa, el hombre «que llora con facilidad» y ataca con furia, que da forma a lo instintivo y elemental y parece desencadenar las fuerzas de la naturaleza para moldear tempestuosa y urgentemente los grandes bloques humanos. Uno es clásico; romántico, el otro. Uno abreva su sed espiritual en Virgilio y Horacio; el otro en Chateaubriand o Walter Scott; uno en fuentes remotas en el espacio y el tiempo; el otro en la realidad física y social inmediata. La acción de Bello se ejerce de preferencia sobre gente instruída porque «a la verdad él lleva ya la Universidad por dentro. La ha construído día a día en su prodigiosa mentalidad encicloplédica».

La acción de Sarmiento es la de un escultor titánico que moldea las masas, que vive entre ellas para infundirles su alma y ser expresión genuina de ellas: Anteo y Miguel Angel. En tanto que Bello es a la vez Ariel y Rafael.

Se cuenta que en más de una ocasión los dos grandes artistas del Renacimiento Italiano se apostrofaron en las calles de Florencia. Eran genios irreducibles. Nada tiene, pues, de extraño que Sarmiento episódicamente hubiera deseado el ostracismo para Bello. Pero de que lo admiraba en lo íntimo de su ser—y ¿cómo no?—son pruebas fehacientes la satisfacción que le produjo el elogio del venezolano por el artículo publicado en «El Mercurio» sobre la batalla de Chacabuco en que el argentino se reveló poderoso escritor; y las felicitaciones que recibió del autor del «Tratado de Derecho Internacional», cuando el gaucho impetuoso, ya ex Presidente de la Argentina, ahora para-



dojalmente con una misión diplomática en Chile y Perú, sin esperar instrucciones de su gobierno, pronunció, ante el Presidente don José Joaquín Pérez, un discurso de tono violento contra España, que la cancillería argentina consideró imprudente. Fué en los momentos en que el almirante Pinzón de la Armada Española ocupó las islas Chinchas en el Perú, y Sarmiento no estaba para protocolos en la atmósfera caldeada por la audaz aventura. El autor de *Facundo* comentaba irónicamente: «En mí es imperdonable lo hecho; pero esta escapada de colegial es muy discutible en joven tan entusiasta como Bello y tan poco versado en formas y cuestiones de Derecho Internacional».

Muy atinado me parece el juicio de Luis Alberto Sánchez: «El choque implícito entre Bello y Sarmiento, más a través de sus discípulos que entre ellos mismos, conmovió fecundamente a Chile. Después de la medida impuesta desde arriba, el remezón montonero desde el llano tendía a restablecer el equilibrio» («Nueva Historia de la Literatura Americana» página 149. Edit. América Lee).

Sarmiento es a la cultura cívica lo que Bolívar a la guerra; Bello lo que Miranda, O'Higgins o San Martín; Bello y Bolívar, maestro y discípulo, no se entendieron gran cosa. Miranda y San Martín, lo mismo que el notable gramático y jurisconsulto han vivido largo tiempo en Europa y tienen una mentalidad europea. Ellos sí que se habrían comprendido. San Martín organiza previa y metódicamente un ejército, insiste sin cesar en la disciplina, lo prevé y calcula todo con acabado plan. Miranda, ya viejo, quiso repetir en Venezuela, la estructura y forma ordenadas de los ejércitos franceses, al frente de los cuales había com-

batido y fracasó en su patria como a lo mejor habría fracasado allá don Andrés. Bolívar, en cambio, inflama a las montoneras con su genio fogoso, improvisa ejércitos y se empeña en una órbita desmesurada e impresionante. Es un apasionado, un romántico, un escultor de pueblos como Sarmiento lo es de masas. Bolívar es el Libertador político que todo lo siente en función de América; Sarmiento con su «Facundo» es el libertador literario del continente. Pero el espectáculo volcánico que es el gran argentino, no autoriza para calificar a Bello de frío, helado, académico. Era no sólo el erudito, sino el sabio; el intelectual de cuño europeo empeñado en servir realmente a su América Española y le da una gramática sencilla que hemos abandonado por otra más científica y complicada y un Código Civil de enorme trascendencia, y una lección perpetua de sobriedad y gusto que aprendieron muy bien la prensa chilena y muchos escritores. Atacarlo por formalista equivaldría a atacar el saber desinteresado: a la filosofía, a la ciencia pura, a la filología. Sería como atacar a Menéndez Pidal, por ejemplo. Decir que su poesía es helada es como calificar con el mismo adjetivo a los cuatro vivos diamantes de la Cruz del Sur. Así se nos finge la luz que Bello irradiaba: no el penacho ígneo de los volcanes que revela el fuego soterrado, sino el brillo permanente e idealizado por la lejanía misteriosa que despiden las estrellas guiadoras.

Pero en verdad Sarmiento está ahora más cerca de nuestro corazón de maestros, porque él representa todavía hoy la urgencia, lo inaplazable: lo fallido en gran parte aquí y allá. Tal vez tenemos aunque incompletas suficientes universidades; pero no todas las escuelas primarias, técnicas y profesionales que



faltan para concluir con el analfabetismo y hacer eficientes a los ciudadanos; y el ideal de la escuela primaria común, con que soñó el sanjuanino en Chile, es todavía entre nosotros como una quimera lejana. Ya sabemos que esta situación se explica en gran escala, sobre todo en los últimos tiempos, por las penurias del erario nacional. Mas el problema está a medio resolver y sobre las generaciones vigila la gigante sombra tutelar de Sarmiento, exigiendo premiosamente la justa solución total y ofreciendo el fuego de su corazón generoso para encender la llama del entusiasmo, que es la forma viva de la espiritualidad. Maestros del pueblo se dice de nosotros, y nos place el término. Pero que no se repita más con un sentido discriminativo y anacrónico. Porque todos somos pueblo, y el pueblo somos todos, en esta etapa feliz de la humanidad en marcha. Pueblo el que trabaja y pueblo el que dirige. La esencia de la democracia no sólo radica en la igualdad de oportunidades para todos, sino además y muy especialmente en la dignificación de todo trabajo útil o bello, y en la conciencia social implícita en el famoso imperativo de Kant: «Trata a tu semejante como un fin en sí mismo y no como un medio». Y porque Sarmiento sintió en lo más hondo este imperativo, nos parece tan actual en su maestría perenne.

SEÑORES:

Me he detenido morosamente en la evocación de los máximos adalides que promueven en distintos planos la educación de nuestras gentes. Creo que la magnitud de las figuras lo merece de sobra. Una algo lejana y otra con proximidad paterna asisten al

nacimiento de nuestra Escuela. No sabría decir hasta qué punto Bello es históricamente necesario para la obra de Sarmiento. Pero sí me atrevería a expresar que algo de la divinidad los asiste: ilumina al precursor vago e inflama al realizador combativo. No nació, sin embargo, la Normal, de la cabeza del dios que los animaba, armada con todas las armas como Minerva de la testa de Júpiter. Por el contrario, ellas y sus hermanas del país han venido dando, casi inermes, la batalla de la cultura, no poco quijotesca: «la adarga al brazo toda fantasía—y la lanza en ristre, toda corazón».

Así la historia de nuestro Instituto se proyecta sobre un fondo de pobreza que la hace más impresionante. Primero, Sarmiento y sus 28 alumnos del primer curso en que el argentino profesa todas las asignaturas, especie de proyección en gran tamaño de lo que había hecho de niño en su Escuela de la Patria de San Juan: cultivo germinal ahora el de esta primera promoción de maestros de Santiago en que brotan, como dos flores de tinte inolvidable, las almas de José Dolores Bustos y la de José Bernardo Suárez: la primera con el color violeta de la melancolía que produce su muerte prematura, y la segunda con el albor de lirio con que hiere nuestra fantasía su influjo de mentor sobre la gloria más inmaculada de Chile, Arturo Prat.

Pero no obstante sus penurias de todos los tiempos, inspirada primero a través de Sarmiento por las ideas de la revolución francesa, luego por los maestros alemanes empapados en las doctrinas de Herbart, después por Dewey y la Escuela Activa, y finalmente y sin menoscabo de inspiraciones anteriores, en la búsqueda persistente y casi dramática de un estilo na-



cional que responda con fidelidad a los anhelos y exigencias del sector colectivo a que sirve y orienta, podemos asegurar sin vanidades que ella ha merecido bien de la Patria, en cuyo prestigio exterior le corresponde una parte considerable y fundamental.

Las proporciones de este trabajo me impiden referirme a cuantos esclarecidos maestros han dirigido las actividades de nuestra institución. Pero en una fiesta recordatoria como la de hoy no podría pasar por alto dos figuras ilustres: la de don José Abelardo Núñez que da nombre propicio a esta Escuela Normal como exigiendo de los alumnos y profesores la imitación y continuación de su ingente y múltiple actividad de maestro, manifestada en su espíritu reformador y amplio, en la redacción de un silabario y libros de lectura y en el celo por el perfeccionamiento del profesorado que lo indujo a fundar la «Revista de Instrucción Primaria»; y la de don Maximiliano Salas Marchán, Director del Establecimiento cuando yo vivía y actuaba en él, autor de un excelente texto de Gramática, impulsador de los métodos activos y los más modernos procedimientos de control en su valiosa obra «Tendencias actuales de la Educación Norteamericana» y sobre todo inspirado Maestro, animador y optimista de cuya personalidad emana una atmósfera espiritual irreducible a la definición razonada.

Pero el tímido brote germinal que fué la Escuela de Sarmiento es hoy un magnífico árbol de vasto ramaje y fronda. Se ha convertido en algo semejante a una Universidad para la educación primaria de Chile. Por decreto de 16 de marzo de 1933 se estableció que «ella tendrá en lo sucesivo el carácter de una Escuela Normal Superior, destinada a la formación y perfeccionamiento del personal docente y directivo de la

enseñanza primaria y normal en sus diversos grados y especialidades». Y en virtud de este decreto y disposiciones posteriores que han ido definiendo más y más su función, está integrada por dos secciones una Normal común, la centenaria, y la Normal Superior, casi púber, organizada por departamentos y encargada del perfeccionamiento del profesorado. Autorizadas plumas han descrito y juzgado en ocasión memorable esa organización y estos nuevos cursos que coronan todo el servicio nacional. Séame permitido ahora solamente revivir un breve pasaje del comentario hecho entonces por el distinguido profesor don Moisés Mussa B., mi viejo compañero y amigo en estas aulas: «Chile tuvo la honra de abrir antes que ninguna de sus hermanas en Hispano-América, las puertas de una Escuela Normal Común; y por una rara coincidencia, le ha correspondido también el galardón de ser la primera en crear un establecimiento de formación y perfeccionamiento pedagógico del tipo de la Normal «José Abelardo Núñez».

SEÑORES:

Ha querido el Destino que mi vida de Maestro haya comenzado en esta casa y que al final de mi carrera, a ella haya vuelto como un hijo pródigo. Mi situación emocional es, pues única. No puedo hablar de todos los que recuerdo con hondo afecto, ni dejar de sentir mi silencio respecto de ellos. El actual Director me ha dado la representación de la Escuela en esta festividad; y la cordura y hasta el protocolo me dicen que no debo referirme a él. Pero escudándome en que lo aventajo en edad y a la sombra de Sarmiento que procedía a puras corazonadas y para quien el



protocolo bien poco era frente a impulsos que él tenía por nobles, quiero manifestar la impresión que él deja en mi ánimo como Jefe y maestro. Conocí a don Alejandro Covarrubias en el Liceo de Concepción donde yo hacía clases de Castellano y Filosofía. Su llegada allá produjo extraordinario efecto entre los alumnos. Su maestría auténtica y profunda fué como una revelación. Lo seguían ávidos de continuar escuchándolo. Lo sentían cerca de ellos. Me dí cuenta entonces de su finísima sensibilidad, de su talento claro, de su espíritu realista que no excluye la intuición y estimación de los grandes valores, de su sentido humanista proyectado hacia las realizaciones de orden social y por eso me parece un admirable maestro y un admirable Director; y por eso le rindo este homenaje en un día de júbilo para la casa que él representa y dirige tan dignamente.

Y tampoco quedaría mi corazón satisfecho si no añadiera a este tributo de justicia el que nos merece la íntegra y valiosísima personalidad del activo Director de Educación Primaria y Normal el Profesor don Humberto Vivanco Mora, prestigioso exponente de la labor educativa que desarrollan nuestras instituciones pedagógicas y cuyo espíritu sereno y a la vez apasionado de la justicia, sagaz y bueno, sensitivo y talentoso, idealista y profundo conocedor de la realidad chilena, se me reveló de golpe en la primera charla que tuvimos no ha muchos años en Concepción.

Poco después pude comprobar el enorme ascendiente que de análogo modo ejercía sobre los alumnos maestros de la Sección Superior de esta Escuela. El señor Vivanco es un orgullo nuestro y una garantía para el porvenir del servicio. En perfecta concordancia de pensamiento con nuestro Director, ya somos

deudores de inmensos beneficios a su carácter constructivo y tesonero: así, gracias sobre todo a sus iniciativas, a su poderosa inteligencia social y a sus nobles inspiraciones ha logrado, en medio de la depresión económica más honda que el país haya experimentado, obtener la adquisición de una cómoda casa para la sección Superior de la Normal, que es hoy como el Hogar santiaguino de todos los Maestros de Chile; y ha hecho funcionar allí desde comienzos de 1950 un curso que comprenderá cuatro años para la formación de los Profesores de Educación de las Escuelas Normales y otro para maestros de Escuelas Experimentales y Profesores Guías. Todo ello dentro de un plan muy vasto de trabajo, expuesto más de una vez en la prensa.

Culmine, pues, con este doble homenaje nuestra sencilla fiesta de hoy, y que esta fe que tenemos en el Director del Servicio y en el Director de la Escuela sean como una fuente de optimismo y alegría para renovar mañana, con brío y amor, nuestra tarea más que centenaria.